

CAPÍTULO 1

Aquella noche, Halmea había preparado para el postre una cantidad descomunal de helado de melocotón, cremoso como la leche de vaca Jersey y cuajado de trozos de fruta muy dulce. Para mí, tenía el sabor especial del producto de temporada, de algo que te has pasado el invierno deseando saborear, como las primeras mazorcas asadas o los tomates del huerto. Tomé tres raciones grandes y aun así no me saqué. Cuando ya casi no quedaba nada fui a rebañar las palas de la heladera, pero Hud me apartó de un empujón y se hizo con ellas. Nos servimos los restos de crema de melocotón y sacamos los cuencos al porche para rematarlos.

El abuelo había cogido su última ración de helado y había salido antes que nosotros; el platillo azul vacío descansaba junto a su codo cuando aparecimos. Estaba en el peldaño más bajo del porche, tallando una rama de cedro que había recogido ese mismo día. Trabajaba con paciencia, clavando el cuchillo con precisión en la madera rojiza; y mientras apuraba mi cuenco me quedé mirando las virutas que formaban espirales y caían entre sus piernas. El abuelo ya tenía bien cumplidos los ochenta, pero su rubicundo cabello seguía siendo tan abundante como siempre, y su mirada gris aún era serena y clara. Con la boca abierta, concentrado en su tarea, iba moviendo la fina hoja de la navaja hacia él. Durante varios minutos siguió puliendo la vara sin que nadie dijera nada. Todos disfrutábamos de la tranquilidad de la

noche. En eso, el abuelo alzó la vista y señaló con la cabeza los tres cuencos vacíos.

—¿Por qué no le lleváis los platillos a Halmea? —me dijo—. Querrá dejarse los cacharros lavados.

—Pues que venga esa zorra negra a buscarlos —contestó Hud.

Hud estaba sentado al borde del porche, hurgándose los dientes con una cerilla astillada. Llevaba sus botas de gamuza y una camisa nueva con botones de nácar, pero no parecía tener mucha prisa por marcharse adonde quiera que fuera.

—Que trabaje un poco —añadió—. Se pasa el día con el culo pegado a la silla.

—No es la única —repuso el abuelo, pasando los dedos por la suave superficie de la vara—. A Lonnie tampoco le vendría mal moverse de vez en cuando. Es joven y recio.

—Joven y necio —corrigió Hud a la vez que escupía.

Sonrió con sorna al decir aquello, y un mechón de su pelo negro azabache le cayó sobre la frente.

Me levanté, agarré los tres cuencos vacíos y los llevé adentro sin discutir. Hud tenía treinta y cinco, y yo solo diecisiete, de modo que mi mejor arma era hacerle el menor caso posible. Ningún habitante del condado, ni siquiera el abuelo, se libraba del mal carácter de Hud, y nadie se sentía lo bastante fuerte como para ponerlo en su sitio. El abuelo lo seguía aguantando porque era su hijastro, y también porque cuando Hud mostraba interés y se esmeraba era tan bueno como el que más, y más temerario que el más audaz de los mil vaqueros atolondrados que se concentraban en la región ganadera de Texas.

Cuando entré con los cuencos, Halmea estaba sentada junto a la mesa de la cocina, leyendo la revista *True Romances*. Los

platos de la cena se amontonaban en la pileta, y la heladera seguía en el fregadero. Hud llevaba razón cuando dijo que Halmea se pasaba el noventa por ciento del tiempo apoltronada, pero se lo podía permitir: era la única de todos nosotros que conseguía que la abuela gozara de algo parecido al buen humor.

—Será mejor que laves los platos —le aconsejé—, la abuela se va a alterar.

Levantó la vista de su lectura, esbozando su sonrisa ancha e indolente.

—¡Lo que le hacía falta! —exclamó—. Está tan preocupada con lo de ir al hospital que en los platos ni se va a fijar. Anda, déjame leer.

Posé los platillos en el fregadero y atravesé el oscuro pasillo para ir al baño. Cuando salí, la abuela estaba en el umbral de su dormitorio buscando a alguien a quien incordiar.

—Ay, Señor, qué calor hace esta noche —declaró—. Ayúdame a salir al porche, que me voy a sentar un ratito. Los riñones no me dan tregua.

La llevé del brazo hasta su mecedora y volví corriendo a la cocina para no tener que escuchar sus lloriqueos. Halmea había dejado la revista y se estaba aplicando su capa diaria de esmalte en las uñas de los pies, de un botecito que guardaba en la alacena. Tenía uno de sus grandes pies descalzos apoyado en la lechera para alcanzar los dedos de los pies. De repente alzó la vista y me pilló mirándole la pierna que había quedado al descubierto al subírsele un poco el holgado vestido azul. Se limitó a sonreírme con indolencia y volvió a mojar el pincel en el tarro.

—Zapatero, a tus zapatos —dijo.

Manosé la jarra del agua un momento y resolví que, a fin de cuentas, lo mismo me daba salir a escuchar a la abuela. A veces,

Halmea era tan imprudente que no se daba cuenta de que resultaba molesta. Dejó la jarra en su sitio y volví al porche.

La abuela estaba haciendo una bola con su delantal de percal al tiempo que se mecía a cien por hora y hablaba por los codos para entretenerse mientras se balanceaba:

—Nunca me he operado de los riñones. Qué fastidio tener que estar allí dormida y sin enterarme de lo que me están haciendo. Yo tendría que dar las órdenes.

Vi que, por el este, una camioneta abandonaba la autopista y se adentraba en el camino de tierra que desembocaba en nuestra casa.

—Por ahí viene Jesse —dije—. Ya las habrá descargado.

Jesse era el nuevo peón. Una semana antes se había bajado de un camión de ganado y se había acercado al rancho a pedir trabajo; lo único que tenía era una silla de montar y una bolsa de papel con ropa. Hud se opuso desde el mismo instante en que traspuso el portón; pero Hud siempre se negaba a contratar gente, y el abuelo empleó a Jesse de todos modos. Venía de trasladar a unas reses a un pastizal nuevo, y en casa se encontraría una cena fría sin helado de melocotón.

—Caray —continuó la abuela—, es una pena que a una vieja como yo la tengan que abrir antes de morir. Pero a vosotros no os preocupa lo más mínimo. Me podían cortar la nariz y nadie excepto yo lo notaría. Qué espantoso es que una anciana no merezca la compasión de sus familiares.

—Pero te vamos a pagar las facturas, ¿no? —replicó Hud—. Si yo pudiera decir eso, de buena gana me dejaba cortar la nariz.

Río sin ganas y sin mirar a la abuela, que empezó a frotarse los ojos con el delantal. Me dirigí a la zona del porche que daba al norte y miré hacia Thalia. A nuestro alrededor, bajo las

últimas luces del día, aún se distinguían las llanuras con nitidez. Por el este, el color morado se iba dilatando en el cielo, mientras que al oeste el sendero que conducía a los campos estaba como iluminado por un polvo dorado. Tres cuervos sobrevolaron los sauces que había tras el granero y desaparecieron lanzando graznidos en el fulgor del cielo de poniente.

—Diríase que el Señor cree que mantenerme sesenta y cinco años en este infierno terrenal ya es castigo suficiente —continuó la abuela—. Pero bueno, eso no lo juzgo yo.

—Más bien no —replicó el abuelo, dejando un momento de mirar la vara—. Scott, ¿tienes pensamiento de ir al pueblo esta noche?

—Eso es —respondió Hud—. No me he arreglado para quedarme aquí sentado a escuchar las chaladuras de la mama.

—Mira, Huddie —dijo la abuela, cambiando de tono—, esta noche te quedas aquí. Hay avisos de tormenta a partir de las diez.

—Pues muy bien —contestó Hud—. A ver si llueve y reverdece un poco este desierto. Si tuviera que quedarme aquí sentado a esperar que cualquier nubecilla se convirtiera en tornado, no me movería en la vida.

El abuelo dejó la vara en los escalones y se guardó la navaja.

—¿A qué hora tenéis pensado salir mañana por la mañana tu madre y tú? —preguntó.

Se encogió de hombros con dejadez.

—Temprano. Sobre las cuatro y media o las cinco.

—Solo por saber —dijo el abuelo—. Los médicos querían que Jewel estuviera en el hospital a la hora de comer. Si yo tuviera que hacer ese trayecto tan largo aprovecharía para dormir cuanto pudiera.

—Joder —dijo Hud—, que no tengo cien años como tú. No me hace falta dormir una semana para estar fresco.

El abuelo no contestó. La camioneta traqueteó al pasar por encima del paso canadiense¹ que había al sur, y Jesse nos saludó con la mano conforme se iba acercando al granero.

—Oye —exclamó Hud—, ¿por qué no llamas a los de la fábrica para que vengan a por la vaquilla? Se ha muerto hoy, aún está fresca para hacer jabón.

Hud y Lonzo se habían encontrado los despojos cuando volvían a casa aquella misma tarde. Ambos ignoraban el motivo de la muerte, y el abuelo no había ido a verla.

—No, no creo que lo haga —contestó el abuelo—. Antes de irme a la cama llamaré a Newt Garrett, le pediré que vaya a echarle un vistazo por la mañana. Tengo curiosidad por saber qué ha podido causarle la muerte. Lonzo está allí ahora para ahuyentar a los buitres.

—Eso, eso —añadió Hud, acalorado—, que venga un gilipollas a sacarte los cuartos. Ni te molestes en preguntarme mi opinión acerca de nada.

—Bueno —dijo el abuelo—, Newt no es eso que dices, y tú no eres ninguna eminencia en enfermedades del ganado. Ni yo tampoco. Podría tratarse de algo importante.

—Eso seguro —convino Hud, con su risa estridente—. Va a ser algo tan malo que tendrá que vacunarte a todas las reses. Y Newt se dedica a vender vacunas.

1 Los pasos canadienses son una especie de fosos poco profundos cubiertos por una reja metálica, en el suelo, que funcionan a modo de barreras para el ganado. Como a los animales les provoca inseguridad pisarlos, no los atraviesan y de esa forma se evita que invadan carreteras o caminos destinados a la circulación de vehículos. (Todas las notas de esta edición son de la traductora.)

Escupió de nuevo, en los parterres.

—Eso no lo convierte en un sinvergüenza —repuso el abuelo, lanzándole a Hud una mirada firme—. Tú preocúpate de que tu madre llegue al hospital sin un rasguño, que de mi ganado me ocupo yo.

—Perfecto, jefe —respondió Hud, dedicándole una sonrisa al abuelo.

Saltó de la baranda y se irguió, estirando los brazos por encima de la cabeza. Justo entonces empezaron a ladrar los perros y Jesse apareció por una de las esquinas de la casa. Ninguno de los tres canes se había familiarizado aún con él, y se pusieron a olisquearle las perneras del pantalón. Jesse iba arrastrando un poco su pierna mala, y parecía exhausto.

—Hey, hola, caballo cimarrón —saludó Hud—. ¿Se te ha perdido la muleta?

Jesse sonrió sin mucho afán, cansado, y ni siquiera replicó. Las maneras de Hud le resultaban extrañas, y en su presencia nunca sabía qué decir.

—Te vendría bien un patinete... —continuó Hud, pero el abuelo lo cortó.

—¿Te han dado muchos problemas? —preguntó—. Odio tenerte trabajando hasta tan tarde, pero era el único modo de hacerlo.

Jesse se quitó el muy deteriorado sombrero de paja y se atusó las greñas oscuras de la nuca.

—Pues no —contestó—. Las he descargado sin dificultad.

En realidad, Hud exageraba con la cojera de Jesse. Estaba en buena forma, para ser vaquero.

—Hijo, entra y dile a Halmea que le apañe algo de cena a Jesse —me dijo el abuelo—. Le hace falta pastar un poco.

—Me vendría bien comer algo, sí —afirmó Jesse—. Creo que voy a beber un poco del agua del pozo para ir abriendo boca.

—¡Qué modales! —exclamó con brusquedad la abuela, y su voz cascada y chillona nos sorprendió a todos—. Ni vergüenza has tenido de saludarme. Me he quedado esperando.

—Disculpe —dijo Jesse—. ¡Ni la había visto, señora Bannon!

—Anda, vete a beber —le dijo el abuelo—. No hay cuidado.

Yo sabía que estaba a punto de perder los estribos con Hud y con su madre. Jesse hizo una pequeña reverencia a la abuela, tan educadamente como le fue posible, y volvió a rodear la casa.

—¡Adiós muy buenas! —exclamó la abuela. Se estaba dando aire con un viejo abanico de la escuela dominical que se guardaba bajo el cojín de la mecedora—. Ayúdame a entrar de nuevo en casa, Lonnie —me dijo—. Esta noche hace fresco.

—Deja al chiquillo en paz, Jewel —la regañó el abuelo—. Si no tienes fuerzas para andar de arriba abajo, quédate quietecita un rato.

Aquel comentario provocó que se abanicara con más fuerza.

—Ya tendría que estar yo enterada de lo que es pedirle algo a un Bannon —rezongó—. Ayúdame, Huddie.

Hud lanzó una risotada que parecía el graznido de un cuervo:

—Joder, mama, no puedo. Yo no decido nada, soy pura mano de obra. Si Homer Bannon te dice que entres tú solita, así es como debes entrar.

Su Ford estaba frente al portillo del jardín, con la capota bajada; Hud se alejó del porche y se dirigió al coche sin mucho entusiasmo, dando zancadas por el jardín a oscuras.

—No atranquéis la portezuela del refugio —les dijo—. Igual vuelvo nadando.

Apartó de una patada a uno de los perros, cerró la cancela y se sentó al volante. El Ford tenía una bocina especial para llamar al ganado, y Hud la hizo sonar con gran estruendo a la vez que aceleraba y se alejaba. Mantuvo el motor en segunda durante algo más de dos kilómetros, de modo que el sonido ronco y explosivo del tubo de escape quebrara la calma nocturna.

La abuela se puso en pie sin mediar palabra y entró en casa. Acto seguido se oyó el potente estallido de la estática y, a continuación, el quejumbroso murmullo de un himno góspel se coló por la puerta mosquitera abierta. El abuelo parecía querer quedarse a solas, así que me fui a la parte trasera de la casa, con intención de hacerle compañía a Jesse.

Estaba bajo el molino, con los Levi's desabrochados. Se había sacado los empapados faldones de la camisa para que la brisa nocturna secara el sudor de su vientre. Aún oíamos, aunque cada vez más lejano, el ruido del tubo de escape a medida que Hud se incorporaba a la autopista con un chirrido, en dirección a Thalia.

—Caray, cómo le pisa —observó Jesse—. ¿Sigue enfadada la señora?

—Sí, aunque no contigo —respondí.

Se pasó los dedos por su abundante pelo negro.

—Nunca se me dieron bien las ancianas. Mi propia abuela hizo de mi vida un infierno mientras vivió. Y mi mama, igual. Tenía una tía con la que más o menos me entendía, pero le perdí la pista.

—¿Listo para comer? —pregunté.

—Espera que me remeta la camisa —dijo—. Tu abuela podría pillarme si entrara en la cocina.

Con rapidez, bajó un poco los pantalones y se colocó los faldones aún húmedos de la camisa de caqui; luego, se abotonó otra vez los Levi's.

—Dios, me hace falta un corte de pelo —añadió—. Hace ya más de un mes que no paso por el barbero.

Cuando entramos en la cocina, Halmea estaba de nuevo leyendo *True Romances*, pero la heladera ya había desaparecido del fregadero y los platos limpios estaban apilados en el barreño rojo. Dejó la revista boca abajo cuando vio a Jesse, que se limitó a sonreírle. Le arrebaté la revista antes de que le echara mano otra vez, y empecé a hojearla.

—Qué cursilada —declaré—. ¿Y si le preparas algo de cena a Jesse?

—¿Al *sior* Jesse solamente? —quiso saber—. ¿Tú no quieres nada?

—Bueno, ponme un plato a mí también —dije—. A lo mejor me como unas judías.

Se levantó, sonriendo a Jesse con timidez, y se dirigió a la alacena. Halmea aún no había tenido ocasión de tantear a Jesse, y cuando él estaba presente no se tomaba demasiadas confianzas. Me dejé caer en la silla y abrí la revista mientras Jesse se aseaba en el baño. A través de la puerta abierta que daba al comedor nos llegaba el estruendo de la radio de la abuela: cuando escuchaba prédicas, la casa entera se llevaba un sermón. «*Seguir* —decía el pastor—, *seguir* bebiendo alcohol y dando fiestas...» Me levanté y cerré la puerta de un puntapié. Halmea estaba toda espatarrada, tratando de alcanzar un tarro de encurtidos que había al fondo de la nevera; yo intenté darle un caderazo al pasar por su lado, pero se irguió muy rápido:

—Largo —amenazó— no vaya a ser que mojes los pañales. —Había oído al abuelo decirme aquello un día, y pensaba que me parecería un gran insulto viniendo de ella—. No me rompas la revista, que no he acabado de leerla.

En ese momento volvió Jesse, remangado hasta los codos y con su fino cuello enrojecido de tanto frotarlo. Se sentó a la mesa, frente a mí, y empezó a jugar con el tenedor con cierta impaciencia. Halmea sirvió primero una fuente de rosbif frío, luego un cuenco de judías pintas con una salsa espesa y oscura, un platito con rábanos y zanahorias recién lavados, unos tomates del tamaño de ciruelas y rodajas de cebolla en vinagre. Jesse se sirvió un poco de todo y se puso a comer enseguida, sin esperar el té. Yo me puse unas pocas judías y un par de rodajas de cebolla.

—El pan blanco se ha acabado —dijo Halmea—. ¿Os apañáis con pan de maíz?

—De perlas —contestó Jesse, levantando la vista del plato—. ¿Me podrías poner un vasito de leche para acompañar?

—Te pongo tres litros, si quieres —respondió.

Sacó del horno una hogaza de pan de maíz, amarillento y rústico, y la dejó a nuestro alcance; a continuación, cogió de la nevera la vasija de cerámica con la leche y nos sirvió un generoso vaso a cada uno.

—Creo que yo también me tomaré un vaso de esto —dijo—. Si no os importa, caballeros.

Jesse tenía la boca llena, pero hizo gestos con la cabeza para que se sentara, y Halmea fue a buscar un vaso a la alacena. Él casi había acabado de comer mientras que yo apenas había tocado mi ración de judías. Jesse comía como si alguien le fuera a quitar el plato.

—¿Y Lonzo? —preguntó mientras se limpiaba la boca.

Antes de que pudiera responderle, oímos el gemido punzante del tren, que atravesaba las llanuras procedente del sur.

—Está vigilando el cadáver ese —le dije—. El abuelo quiere que el veterinario lo examine antes de que se descomponga.

Halmea había arrimado una silla y se afanaba en migar el amarillento pan de maíz en la leche. Cuando ya no cupo más pan en el vaso, removi6 con la cuchara.

—Si os hace falta algo, me lo decís —señal6.

—He estado viendo a Hank Hutch un rato —dijo Jesse. Ech6 mano al raído bolsillo de la camisa para sacar los cigarrillos—. Ese tipo se está matando a trabajar.

Hank era nuestro vecino, un vaquero de unos treinta años que vivía al otro lado de la autopista. Trabajaba para el abuelo cuando había mucha faena. Cuando no, pastoreaba para otros, extraía petróleo en una pequeña concesión que había en la otra punta de Thalia y hacía las chapuzas que le ofrecían, incluido el herraje de caballos para los hacendados. Tenía esposa y tres hijas, y a duras penas conseguía salir adelante. El poco tiempo que pasábamos juntos nos llevábamos muy bien.

Jesse hizo una bola con la servilleta y la dejó caer en el plato.

—Qué vida de perros —añadió—. No soporto ver cómo ese muchacho tiene que matarse con dos o tres trabajos, y todo el día pasando penurias. Yo creo que, antes que vivir de esa manera, preferiría acabar con todo. Es muy duro, tanto para él como para la parienta y las niñas. Menos mal que yo no estoy casado. Un problema que me ahorro.

Halmea buf6, con la boca llena de pan de maíz empapado en leche. Unas cuantas gotitas se le escaparon por las comisuras y resbalaron por su morena mandíbula formando un chorrillo que ella se limpi6 con la muñeca.

—Un problema que te haría falta tener —replic6 a la vez que le lanzaba una de sus miradas lentas y algo insolentes.

Me di cuenta de que había dejado de sentirse inc6moda en presencia de Jesse. Tal sorpresa me provoc6 su comentario que

casi me retiré. Siempre salía con alguna impertinencia delante de extraños. Pero imagino que a mí me avergonzó más que a Jesse, porque él simplemente dio una calada a su cigarrillo y negó con la cabeza. Hasta le dedicó una sonrisa cansada. Al verlos allí sentados, mirándose de hito en hito y empezando a simpatizar, de algún modo me sentí solo, inquieto y excluido. Así suelen actuar los mayores: sin tan siquiera pretenderlo, hacen ver a los más jóvenes que no pertenecen al mismo círculo. Halmea apoyó los codos en la mesa y se bebió la leche, dispuesta a reírse de mí y de Jesse; le brillaba el sudor en la cara, y sus pesados pechos de negra abultaban bajo su vestido. Rio para sus adentros; siempre me hacía estremecer aquella risita ahogada. Jesse había inclinado su silla hacia atrás, y estaba mirando a Halmea a través del humo del cigarrillo. Había algo triste en él, una melancolía muy arraigada que casi podía percibirse a través de sus desgastados Levi's y la ajada camisa de caqui. Durante todo el tiempo que lo traté, jamás lo vi del todo a gusto. Algo en él parecía obligarlo a rumiar, de la misma manera que algo en Halmea parecía incitarla a reír entre dientes.

Durante un momento nadie dijo una palabra. Entonces, Halmea alzó su vaso para dar un gran trago a la leche y pude ver la mata de vello oscura y sudorosa bajo su brazo, y un retazo del apretado sostén blanco. Mientras ellos dos estaban tan campanetes, yo me bebía la leche a sorbitos y me retorció de vergüenza pensando en Halmea. Una vez subí los perros al altillo del granero a cazar ratas y ella se acercó a unos hierbajos que había junto al gallinero, debajo de donde yo estaba. La miré apenas una vez, pero fue justo cuando se levantó el vestido y se acuclilló sobre la maleza para hacer pis. Después, continuó recogiendo huevos y no llegó a verme, pero yo jamás olvidé aquella escena.

Y si por casualidad pasaba a su lado cuando se inclinaba sobre el fregadero, o si veía asomar uno de sus pechos, negros y sueltos, cuando alzaba un brazo, me turbaba más que si todas las chicas del instituto se hubieran presentado desnudas en la sala de estudio.

Por fin Jesse levantó la vista y apagó el cigarrillo.

—Yo no lo veo así —dijo—. A un muchacho pobre como yo le hace falta mucha suerte para salir adelante; si tiene una familia que mantener, necesitará el doble o el triple de fortuna. Y hasta ahora yo ni siquiera he tenido suficiente suerte para mí solo.

Halmea iba tomando confianza por momentos, y cuanto más confiada se sentía, más audaz se volvía.

—¡Bah! —protestó ella—. A mí no me cuentes historias. Un hombre solo es como la caña sin el anzuelo: no sirve para nada.

Jesse sonrió, sin reír. Parecía no tener fuerzas para más.

—Hazme caso —añadió Halmea—. Si de algo entiendo es precisamente de hombres.

Entonces oímos las pisadas de las botas del abuelo, que cruzaba el pasillo en dirección a su cuarto. La radio había enmudecido, lo cual significaba que la abuela se había ido a descansar. El abuelo se detuvo en la puerta de la cocina y nos miró, con la escupidera en una mano.

—Los viejos ya nos vamos a la cama —dijo—. Jesse, me figuro que el veterinario no llegará muy temprano. No hará falta que nos levantemos antes de las seis.

—De acuerdo —contestó Jesse mientras cogía el sombrero de debajo de la silla—. Si me despierto antes, a lo mejor me levanto para entrenar un rato al potro. No sería capaz de remolonear en la cama ni aunque me pagaran.

—Como quieras —dijo el abuelo—. Si el veterinario acaba a buena hora, podríamos ir a reparar una cerca. Buenas noches. —Se dispuso a entrar en su cuarto, pero se dio la vuelta—. No perdáis de vista las nubes. Jewel dice que va a haber tormenta.

Cuando hubo cerrado la puerta de su dormitorio, Halmea se levantó y atravesó el pasillo con rapidez. Yo me acabé la leche y me levanté para acompañar a Jesse al barracón donde se alojaba la mano de obra. Halmea nos alcanzó a la altura de la puerta trasera y le entregó a Jesse un puñado de sábanas y toallas.

—Se me olvidó esta mañana —le dijo.

—Muy agradecido —respondió Jesse—. En esa choza entra mucho polvo. Estaba muy rica la cena.

—De nada. ¡Venga, zape!

De todos modos nos estábamos yendo. Todas las noches, Halmea estimaba que había llegado la hora de hacer limpieza, fuera la hora que fuera; en ese momento, lo más sensato era no interponerse en su camino. Yo había cogido su revista, solo por chincharla, pero cuando aún no había bajado los escalones del porche me chilló que se la devolviera. Se la llevé y la dejé sobre la mesa, para tentarla. La portada exhibía la fotografía de una novia que lloraba bajo el velo. El pie rezaba MAMÁ, LIBÉRAME.

—Y tú, ¿cuándo te vestirás de novia, Halmea? —le pregunté al salir.

Yo sabía que ya se había casado una o dos veces, y me gustaba pincharla con ese tema. Después de cerrar la puerta oí su risita chispeante.

Jesse me estaba esperando en el jardín. Llevaba apenas una semana en el rancho con nosotros, pero yo ya había adquirido la costumbre de acompañarlo al barracón cada noche. Se detuvo junto a la portezuela del refugio para encenderse un cigarrillo,

y la luz de la cerilla alumbró su rostro famélico. Los perros le husmeaban de nuevo los pantalones.

—Qué bonito es ese viejo sicomoro —dijo, señalándolo con la cabeza.

El árbol quedaba a unos pocos metros de la puerta trasera, y algunas de las ramas más largas se mecían por encima del tejado. Durante mi «etapa Tarzán» prácticamente viví en aquel árbol.

—Dios, cómo me gustaría tener una casa con unos cuantos árboles así —añadió Jesse, con un tono de pena; emprendió el estrecho sendero que conducía al barracón, y yo fui detrás para seguir conversando—. Sería un gran logro.

Me adelanté, le abrí la puerta del dormitorio y encendí la luz. Dejó la ropa de cama sobre un catre desnudo. Era una habitación larga que contaba con cinco o seis piltras de metal y un cubículo con un váter y un plato de ducha en una de las esquinas. Había un par de mesas para jugar a los naipes, varias sillas, y un par de espejos para el afeitado pendían de la pared. Lonzo y Jesse habían juntado tres colchones cada uno para dormir algo más cómodos. Sus camas estaban deshechas, y las sábanas todas polvorientas por la tierra que arrastraba el viento. La poca ropa que tenían colgaba de los ganchos que el abuelo había dispuesto en las paredes años antes. Ni Jesse ni Lonzo pasaban más tiempo del necesario en el barracón, y ninguno se molestaba en hacer limpieza. En las esquinas del techo se formaban telarañas, y el suelo tenía tanto polvo como las sábanas.

Jesse se sentó en su jergón y empezó a sacarse las botas, ajustadas y sucias.

—Y tú solo tienes diecisiete años —observó, para mi sorpresa.

—No por mucho tiempo —contesté—. Cumplo años en septiembre.

Pero no creo que Jesse me estuviera prestando ninguna atención.

—Dios mío —continuó—. Cuando yo tenía diecisiete todo me parecía poco. —Colocó las botas con mucho cuidado bajo la cama y empezó a desabotonarse la camisa—. El verano de mis diecisiete estuve trabajando con unos segadores en la zona de Chillicothe —dijo con su habitual aire pesaroso—. Cualquiera creería que andar acarreado enormes balas de alfalfa todo el santo día ya es ejercicio suficiente, pero por aquel entonces no lo era. Me compré, a medias con un muchacho llamado DeWayne que trabajaba en mi misma cuadrilla, un Chevy del 27; estaba que se caía a pedazos. Aun así, fuimos a todos los bailes, a todos los rodeos y a todos los antros de la región, y no sé a quién le dimos más guerra, si al coche o a las lugareñas. —Dejó la camisa sucia en el respaldo de la silla—. Caray, aquel verano no me cansaba de bailar contradanzas y perseguir faldas.

Yo habría podido quedarme toda la noche escuchando las anécdotas de Jesse, pero sus historias nunca duraban mucho y, cuando acababa de narrarlas, siempre estaba más cansado y abatido. Se desplazó al borde del camastro, estiró su vientre liso y pálido y arqueó los pies para liberarlos de la rigidez de las botas.

—Pero, joder —añadió—, tú ya eres mayorcito para salir y hacer tus correrías sin que yo tenga que darte ideas. Exprime tus diecisiete al máximo, porque se pasan enseguida, te lo digo yo. Al menos, en mi caso. —Entonces se reclinó en la cama, todavía con los pantalones y los calcetines puestos—. Lo que yo necesito son ocho horas de sueño en este catre chirriante. Apaga la luz al salir, ¿quieres?

Tantas ganas tenía de seguir escuchándolo que detesté tener que marcharme, pero era evidente que Jesse estaba hecho trizas. Fui hacia la puerta y apagué la luz.

—Nos vemos mañana —dijo—. Dios, estoy reventado.

Supongo que le sobraban los motivos para estar tan cansado, pero al salir tuve la sensación de que yo no necesitaba dormir en absoluto. Lo poco que Jesse había contado de sus peripecias me dejó aún más inquieto de lo habitual, y eso que normalmente ya andaba medio loco. Me habría gustado tener algo emocionante que hacer; pero yo no era dueño de un viejo Chevy, y ya era muy tarde para salir con la camioneta. Y, de haberla cogido, solo habría podido ir a Thalia, a dar vueltas a la plaza de los juzgados desierta. Fui al molino, pero en lugar de subirme a la plataforma bebí un poco de agua y me senté sobre la hierba fresca y mullida del jardín, con la espalda apoyada en la estructura de madera. Recordé las tres noches que pasé en Fort Worth el verano anterior. El abuelo había ido a comprar unas reses y por la noche se sentaba en el recibidor del hotel a charlar con otro ganadero, mientras que a mí me dejaba ir a mi aire. Me figuro que se pensaba que iba al cine, pero en lugar de eso lo que yo hacía era recorrer una y otra vez Main Street, la vía principal de la ciudad, bajo la luz de las farolas. Me dirigía al extremo sur, donde se concentraban las misiones evangélicas y los cines mexicanos, y donde la gente de mirada torva abundaba como grillos bajo las luces de neón. No tardé en descubrir que podía colarme en los bares para paletos, sentarme en uno de los oscuros reservados y pedir toda la cerveza que quisiera. Allí me quedaba, agarrado a las botellas frescas y húmedas y escuchando las risas, el arrastrar de pies de los que bailaban y la tristonera música *country*. Pero lo que obtuve en Fort Worth fue apenas un atisbo, unas

pocas bocanadas de emoción. Y en ese momento, apoyado contra el molino, nada me apetecía más que volver allí para dar otro par de dentelladas.

A los pocos minutos oí la puerta de atrás y Halmea cruzó el oscuro jardín, rumbo a su cabaña. Iba mirando el suelo y no se percató de mi presencia, de modo que cuando casi había alcanzado el umbral emití un siseo como el de las culebras. Dio un respingo y se le cayó la revista: se quedó clavada, muerta de miedo, girando la cabeza a un lado y a otro. Entonces reparó en mí, aunque seguía pensando que había una serpiente.

—Tenemos una serpiente en el jardín —dijo, aún sin moverse—. Yo me quedo aquí vigilando; tú que estás más cerca ve a por la linterna y la azada.

Supongo que creía tener al bicho localizado; no apartaba la vista de la tierra.

Me desplomé en la hierba y volví a sisear, esta vez lanzando una carcajada hacia el final del sonido.

—Debí habérmelo figurado —dijo.

Al cabo de un momento se pondría hecha una furia, pero en ese instante estaba tan aliviada que solamente recogió su revista y traspasó su puerta.

—¡Ayyy, Halmea! —exclamé.

Sabía que tardaría días en sacarse a la serpiente de la cabeza. Era como si la viera: caminaría de puntillas por el sendero y tardaría media hora en llegar hasta su casita. Cada vez que parara oiría a una culebra deslizarse por la hierba. Y si no daba con ella entre la hierba, la buscaría hasta en su horóscopo.

Cuando Halmea hubo desaparecido me tumbé sobre el altísimo césped y le estuve dando vueltas a lo que Jesse me había dicho. Seguía tentándome la idea de largarme a algún sitio,

acompañado de una panda de tipos jocosos, ligones y bebedores de cerveza; a alguna parte lejos de Thalia, de Wichita Falls, de las torres petrolíferas y los tenderetes de granizados, a territorio desconocido. Me alegraba que Jesse estuviera con nosotros: era un soplo de aire fresco. El abuelo ya no hablaba mucho conmigo; y, de todos modos, él y yo pertenecíamos a épocas muy diferentes. Había llegado un punto en el que prefería ir a dar vueltas por la plaza de Thalia antes que quedarme escuchando sus batallitas.

Al rato, las hormigas empezaron a picarme en las muñecas y me levanté. Fui a la parte trasera del humero para orinar. En mis tiempos de colegial colgábamos reses en aquel habitáculo, puercos y terneras que el abuelo y los vaqueros faenaban en heladas mañanas de noviembre. Esos días se oían crujidos y reinaba un olor salobre, y los perros trataban de alcanzar las patas de los cerdos. Pero ahora los cerdos y las terneras estaban en cámaras frigoríficas en Thalia, y el humero solo albergaba segadoras estropeadas, palas y arreos. Oí el ladrido de un perro a lo lejos, en los dominios de los coyotes. Al dirigirme a la casa me fijé en los relámpagos que parpadeaban al sudoeste y observé que en aquella dirección las estrellas estaban borrosas. Pero en el mes de junio, en esa zona del país, las nubes y los relámpagos no eran ninguna novedad y no les presté atención.

No tenía mucho sueño cuando llegué a mi cuarto, así que saqué *De aquí a la eternidad* y releí algunas de las escenas en las que Prew y Maggio acuden al burdel. En mi opinión, era el mejor libro que habían vendido nunca en la botica, y no me cansaba de leer ciertos capítulos una y otra vez. Las partes que narraban los bailes en el New Congress me recordaban mucho a mis veladas en Fort Worth; los personajes de la novela se parecían bastante

a los que allí pude ver. Luego leí la parte en que el sargento la conquista a ella por primera vez y volví a guardar el libro en mi maleta, en el armario. Apagué la luz y me estiré sobre la colcha para dormir, respirando el aroma de los prados cubiertos de rocío que me llegaba a través de la mosquitera.